

No habia trascurrido mucho tiempo, cuando su paje Beltran se presentó, anunciándole la presencia del extranjero.

Colon no tardó en hallarse por la primera vez frente á frente de doña Beatriz.

El hombre que habia entrado con paso seguro y majestuoso en el palacio del confesor de la reina, el génio que habia sido fuerte y habia resistido con dignidad las burlas de los comensales del ilustre prelado, al penetrar en aquella estancia adornada con régia magnificencia, al acercarse á aquella mujer en cuyo rostro se pintaba la bondad, temblaba como un niño y sentia en su rostro ese calor que nace de la emocion cuando el hombre se acerca por la primera vez á la mujer que, con una sola mirada, se ha apoderado de su alma.

---

## Capitulo XVI.

Alegría y dolor.

El momento era solemne.

—Dispensadme, señora,—dijo Colon,—si me he atrevido á llegar hasta vuestra presencia para implorar vuestro amparo.

Sé que teneis un corazon generoso, sé que habeis sido desgraciada, y los que sufren saben compadecer.

—Hablad, caballero, hablad sin temor alguno,—dijo Beatriz.—Sois extranjero, no teneis en este país ni familia, ni amigos; por esto, y por vuestra desgraci, teneis derecho para exigir la proteccion de todas las personas que saben apreciar la virtud y el talento, y que comprenden la desgracia.

Colon, que no se habia atrevido á alzar los ojos delante de aquella hermosa mujer, cruzó con ella una mirada, que avivó el fuego de su pecho.

—Pues bien,—dijo;—permitidme ser franco. Yo he venido á la corte de España con la esperanza en el corazón. Dios ha querido que os conozca; Dios ha querido que desde que estoy en esta hospitalaria tierra no haya escuchado más que elogiar vuestra virtud, vuestra grandeza de alma.

Un pobre padre llora á su hija perdida; la casualidad hace que sea mi guía en el viaje; me confía sus penas, y llora la desgracia de su hija.

Llega á Córdoba, y sabe que Dios se ha compadecido de sus desventuras y os ha escogido á vos como instrumento de su misericordia.

La pobre niña, seducida, encuentra en vos amparo, y su desdicha se convierte en ventura. Vos, señora, habeis trocado en lágrimas de felicidad las lágrimas de dolor de un pobre padre.

Poco después una extraña coincidencia me hace escuchar,—perdonad que evoque este recuerdo,—me hace escuchar la triste historia de vuestro padre.

—¿Luego sabeis?...—preguntó Beatriz.

—Sí, sé que el dolor ha sido el compañero de vuestra infancia, el único amigo de vuestra juventud, y yo, que también he sufrido; yo, que he nacido en pobre cuna, que esclavo de un deseo de mi vida, he abandonado mi patria para buscar en otro país ancho campo á la ambición de gloria que devora mi pecho; yo, que he vivido en países extraños y que he contado mis desdichas por los días de mi existencia; yo, que he perdido todos los seres que han despertado algún cariño en mi corazón, y que, calumniado

por unos y no comprendido por otros, vengo siendo la mofa de cuantos oyen mis proyectos; yo, que he llegado á pié y que he implorado la caridad á las puertas del convento de Santa María de la Rábida; yo, que he venido aquí con nuevas esperanzas, acaso acaso á buscar nuevos desengaños, he comprendido, que si he de hallar aquí un consuelo, que si he de hallar un alma bondadosa que se apiade de mí, que me lleve á la realización de mis sueños, ese consuelo sois vos, señora, vos que podeis comprenderme, y tal vez estimarme, vos que gozais haciendo bien.

El lenguaje del extranjero impresionó vivamente á Beatriz.

Hubo una pausa.

—No os habeis engañado,—le dijo;—yo también lo confieso, apenas he sabido vuestra llegada y he tenido noticia de vuestros proyectos, sin saber por qué, sin poder comprender la importancia de vuestras ideas, porque pobre mujer, sólo sé sentir las desdichas de mis hermanos y gozar con sus alegrías, he deseado prestaros mi débil apoyo, y ya su majestad sabe vuestra llegada.

—¿Qué decís, es posible?

—Sí, una casualidad me ha hecho saber que estuvisteis ayer á ver al confesor de la reina.

—Es cierto.

—Que os escuchó con incredulidad, que os calificó de visionario: los que estaban en torno suyo cuando le visteis, han empezado á anunciar vuestra llegada, á comentar vuestros proyectos, y yo he que-

rído, antes de que esos rumores lleguen á oídos de la reina, interesarme en vuestro favor.

—¿Con que es decir, que podré verla, que podré hablarla, que podré echarme á sus piés para implorar su proteccion?

—Sí,—dijo Beatriz.—Dios se ha apiadado de vuestras desdichas, y me ha inspirado un vivo deseo de realizar vuestras esperanzas.

Colon cayó á sus piés.

—Permitidme, señora, que os muestre de este modo mi gratitud.

Y cogiendo su mano, la besó respetuosamente.

La emocion pudo más que el temor.

Al levantarse, vió Beatriz en sus ojos una furtiva lágrima.

—Deseo conocer á fondo vuestra historia,—le dijo.

Colon iba á suplicarle su permiso para verla, cuando llegaron á anunciar á Beatriz que la reina habia salido del consejo, y que la llamaba.

—Tengo que dejaros,—añadió.

—¿Pero podré volver á veros?

—Sí.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Dios lo dirá,—contestó Beatriz.

Y se alejó rápidamente, al mismo tiempo que Colon, ébrio de gozo, abandonaba la estancia, y estrechando la mano de su paje Beltran, á quien halló á la puerta:

—Doña Beatriz es un ángel,—le dijo.

—¡Ah! No sabéis lo que vale,—contestó Beltran entusiasmado;—ni con mi vida podria pagarle todo cuanto le debo.

Colon abandonó el Alcázar, y como que le ahogaba la emocion, salió maquinalmente por la Puerta del Puente á respirar el aire puro de la vega.

¿Cómo había de dudar en aquellos momentos del triunfo de su empresa?

—¿Qué mayor ventura que la suya?

A los pocos dias de llegar á la corte de España habia logrado interesar en su favor á la servidora más inmediata, á la amiga más íntima de la reina; y tener por protectora á una mujer tan angelical, era prueba segura de que la Providencia habia decretado ya en sus altos designios premiar sus afanes y desvelos.

Los hombres de genio pasan de la confiada juventud á la incrédula vejez en un instante.

Todo lo veia el noble genovés de color de rosa.

El cielo le parecia más puro que nunca.

La brisa más suave, más perfumada.

La idea del bien llenaba su corazon.

¿Qué le importaba que fuesen pobres sus vestidos, que estuviesen á punto de agotarse los escasos recursos que para vivir algun tiempo en Córdoba le habia proporcionado el prior de la Rábida?

Pobre y todo, no se hubiera cambiado en aquellos instantes por los soberanos que habian desechado sus proyectos.

Dominado por sus ideas y halagado por sus espe-

ranzas, anduvo largo trecho sin saber por dónde, perdiéndose entre los árboles; y ya no sabía por dónde volver, cuando quiso su buena suerte que encontrase á su compañero de posada Martin Carrasco.

He dicho antes que los hombres de genio se convierten á veces en niños, y cuando más se verifica este fenómeno, es cuando su alma, llena de emoci6n, necesita á toda costa la confianza para desahogarse.

Col6n, que ya tenia muchos motivos para conocer á los hombres, olvidando sus desengaños, no pudo ménos, al reconocer á Martin Carrasco, de tenderle la mano, de estrechársela con efusi6n, y de darle á entender que su coraz6n rebosaba de alegría.

Y sin embargo, hacia muy pocas horas que habia hallado en el mundo á aquel hombre, ignoraba las condiciones especiales de su carácter, y lo único que sabia de él era que le agradaba la guerra y que habia muerto á un hombre en una pendencia.

La rudeza, la soltura, la mala educaci6n, los instintos vulgares de aquel hombre, hacian en otras circunstancias imposible todo lazo de afecto entre el soldado y el sábio.

Pero el sábio en aquellos momentos era un pobre niño, dominado por un sentimiento que llenaba toda su alma; y como necesitaba un amigo, un confidente, prestó las bellezas que sobraban á su coraz6n á aquel hombre vulgar, y le trató con la expansi6n, con el afecto que se trata á un hermano.

—O mucho me equivoco, ó estais de buen humor,—dijo Martin Carrasco.

—Sí, amigo mio, lo estoy; para qué ocultároslo?

—¿Eso quiere decir que vuestras pretensiones van viento en popa.

—Lo habeis acertado.

—Os doy mi parabien, aunque no debe darse por esperanzas, y yo supongo que aun no habeis llegado al terreno de la realidad.

—En efecto, aun no he llegado á él, pero la distancia se ha acertado.

—¿Habeis visto al confesor de la reina?

—Sí.

—¿Y os ha ofrecido protegeros?

—El no.

—Ent6nces habeis encontrado el apoyo de algun otro noble seńor. Desconfiad, seńor Col6n, desconfiad, que en la c6rte no es oro todo lo que reluce. Se empeñan mil palabras, pero de cada mil se cumple una.

—Mi protector no ha podido engañarme; tiene un coraz6n demasiado noble para gozarse en convertir en duda la esperanza que ha sabido despertar.

—Mucho me temo que os dejeis seducir por las ilusiones. Si yo creyera en todas las palabras que me han dado, á estas fechas seria cuando ménos capitán. Pero del dicho al hecho... Yo soy muy ducho en las cosas de la c6rte, y si sois más franco conmigo, si me decís el nombre de vuestro protector, tal vez os sacaré de dudas, porque hay muy pocos nobles á quienes no conozca.

—Permitidme que no os diga su nombre,—añá-

dió Colon, que estuvo á punto de pronunciar el de Beatriz.

—¿Es un secreto?

—Sí.

—¡Bah! Si vos no me lo decis, no tardaré en saberlo, porque en la córte precisamente es donde menos tiempo duran los misterios.

—Esta teoría impresionó á Colon.

—No se trata de ningun misterio,—dijo decidiéndose á revelar el nombre de Beatriz, para que si se llegaba á saber, no pudiese nadie imaginar que existia entre los dos causa alguna para ocultar ella que le amparaba, él que merecia su apoyo.

—Cuando lo ocultais tanto...

—Para probaros que al ocultarlo no he obedecido más que á un sentimiento de delicadeza, porque sé que la persona que me protege, más que por otra cosa, es porque ha visto en mí á un extranjero, á un desvalido...

—¿Aspira á hacer el bien sin ostentacion de ninguna clase? Pues entonces, sed franco, ¡qué diablo! Con los amigos no hay que andarse en tapujos.

—¿Os acordais,—dijo Colon,—de aquel aldeano que me acompañó en mi viaje?

—Pues no he de acordarme.

—Pues bien, a él se lo debo todo.

—¿A un pobre diablo? ¿Por ventura tiene valimiento en la córte?

—No; pero una hija suya es camarista de una de las damas á quienes más estima la reina.

—¿Doña Beatriz Enriquez de Córdoba?

—Precisamente, la ha hablado en mi favor.

—¿Y doña Beatriz ha resuelto protegeros? Recibid mi enhorabuena, porque es lo que se llama toda una protectora.

—Ya veis que...

—Nada, nada; estais en buen camino, y no creais que en pago de sus bondades os pida los homenajes que otra cortesana os exigiria. Doña Beatriz, todo el mundo lo sabe, es incapaz de sentir el amor en su pecho, es fria como el mármol.

Estas palabras demostraron á Colon que habia hecho mal en ser tan expansivo con el soldado.

Le hizo daño que pronunciase Martin Carrasco el nombre de aquella mujer, que era para él un ídolo.

Procuró cambiar de conversacion, y para ello encontró el medio con mucha facilidad.

—Contadme algun episodio de las batallas en que os habeis hallado,—le dijo.

Martin Carrasco no deseaba otra cosa, y le dió conversacion hasta llegar á la posada.

Pero al sentarse en la mesa, como las noches anteriores, animado de buenos deseos, porque simpatizaba con Colon:

—Ved aquí, compañeros,—dijo á los huéspedes,—un hombre afortunado. Aun no hace cuatro dias que está en Córdoba, y en su pretension ha encontrado un patrocinador de los más poderosos.

Todos los circunstantes preguntaron al extranjero si eran ciertas las palabras de Martin Carrasco, y

al dar su afirmacion, le felicitaron cordialmente.

Maese Repulgo se enteró de lo que hablaban, y acercándose al huésped:

—Supongo que no me dejará vuesa merced tan pronto?

No, amigo mio; todavía no tengo más que esperanzas.

—En ese caso,—dijo maese Repulgo, sonriéndose,— aún podemos vivir bajo el mismo techo durante mucho tiempo.

Colon, agasajado por los demas huéspedes, sentía una pena que le mortificaba.

Le pesaba en extremo la confianza que habia hecho, no por que creyera con ella haber perjudicado á nadie ni haberse perjudicado á sí mismo, sino por que era, en efecto, doloroso haber dado parte de su emoción á personas incapaces de comprenderle, y que, ó se olvidarian de su felicidad, ó no hallarian en ella más que motivo de envidia por lo pronto, y de burlas más tarde, si tardaba en realizar sus ilusiones.

—He obrado con harta ligereza,—se decia,—y expuesto á la maledicencia del vulgo á mi protectora al declarar en un momento de expansion su nombre. ¡Oh! Para castigarme deberia renunciar á su apoyo.

Pero esto no era posible.

En aquellos momentos hubiera renunciado con más facilidad á sus grandiosos planes, que á la dicha de volver á hallarse en presencia de Beatriz.

Colon sentia que la amaba.

Separándose de sus huéspedes antes que las otras noches, salió de la posada, y aunque á pesar suyo, obedeciendo á una fuerza misteriosa, se dirigió á casa de Beatriz.

Mientras tanto, sus compañeros de posada se quedaron hablando con él.

—Es demasiado cándido,—decia uno.

—Se conoce que ignora los usos de la corte.

—Ya se desengañará.

—¿Y quién os dice,—añadió un tercero,— que doña Beatriz, que hasta ahora ha rechazado los galanteos de cuantos se han acercado á obsequiarla, no se ha prendado del extranjero? Es apuesto, joven aún...

Sobre este tema giró la conversacion, prolongándose hasta que Martin Carrasco pidió á maese Repulgo unos dados, y se puso á jugar con algunos de los circunstantes.

Entre tanto, Colon entró en casa de doña Beatriz, preguntó por Beltran, y éste, apenas le vió, sin darle tiempo á que le explicara el objeto de su visita, corrió á anunciar su llegada á su ama.

Beatriz se estremeció.

Era demasiado atrevimiento el de su protegido.

Al pronto quiso negarse á recibirle, pero por otra parte:

—¿Quién sabe si me necesita?—se dijo.—Su traje indica que no está muy sobrado de recursos; tal

vez le apremia la realización de sus planes, tal vez desea que me interese pronto en su favor.

Estas reflexiones, y un sentimiento que no podía explicarse todavía, le hicieron mandar al paje que introdujese en su estancia á su protegido.

---

## Capítulo XVII.

---

Dicha y desdicha.

Al hallarse Colon cerca de Beatriz, que le recibió con la mayor bondad, quiso disculpar su atrevimiento, demostrándole que la ligereza del paje era la que habia sido causa de que llegase hasta su estancia, por que su objeto sólo habia sido hablar á Beltran.

Pero como esto no era cierto, como no era más que un pretexto que se habia forjado por si acaso parecia su visita intempestiva, en presencia de Beatriz no se sintió con ánimos para engañarla:

—Perdonad, señora; he deseado volver á veros, porque me parece cuando estoy cerca de vos que me siento con mayores ánimos para luchar y con más esperanzas para alcanzar el triunfo.

—Yo os he dado permiso para que vengais á verme cuando gustéis; pero no son muy buenas las no-